



La viuda de don Manuel Machado, doña Eulalia Ocasres, profesó de religiosa en el Cottolengo del Padre Alegre, a la muerte de su esposo. Desde entonces ha dedicado íntegramente la vida al cuidado de los desvalidos. La fotografía nos muestra a la hermana Eulalia en la actualidad. (Foto José María Subirá.)

LA VIUDA DE MANUEL MACHADO VIVE EN BARCELONA, DEDICADA A CUIDAR A LOS DESVALIDOS

Hace diez años entró en religión en el asilo de Cottolengo, cumpliendo así una promesa hecha durante una enfermedad del poeta

LA INSTITUCION DONDE PROFESO ACOGE EN LA ACTUALIDAD A 180. ENFERMOS INCURABLES

LA HERMANA EULALIA CONSERVA CON ELLA, LA PLUMA CON LA QUE SU ESPOSO ESCRIBIO SUS PRINCIPALES POEMAS

Reportaje de nuestro enviado especial Marino GOMEZ SANTOS

ALLI donde se acaba el parque Güell barcelonés, brote forestal sobre cuya fronda asoman torres de alabastro y mármoles de color, soñadas por Gaudí, está el recinto humilde del Cottolengo del Padre Alegre.

No hay picaporte, ni timbre, ni campana, ni puerta. El visitante es recibido por un monumento en mármol del Padre Alegre, que tiene las manos sobre el pecho y en ellas un rosario. Al fondo, bajo las ventanas de la modesta cons-

trucción, hay geranios y plantas silvestres. Debajo del tejado, en un ancho zócalo, se leen estas palabras de San Pablo: "La caridad de Cristo nos apremia". Nadie sale a darle el alto al visitante, que se adentra tranquilamente en

BLANCA y Negro 14. Feb. 1959



En 1910 contrajeron matrimonio doña Eulalia Cáceres y don Manuel Machado, y en este mismo año fué obtenida esta fotografía.

la casa hasta que de pronto se encuentra en una larga terraza.

EL SOL DE LA CONVALESCENCIA PERMANENTE

Hay un panorama de sillas metálicas con ruedas de goma: coches para inválidos, en los que salen a tomar el sol de la convalecencia permanente unos enfermos incurables de todas las edades, desde niños hasta ancianos, pobres de solemnidad en el más amplio sentido

de esta palabra, pues que la penuria empieza en ellos en la falta de salud.

Es la hora de la comida. En torno a los veladores metálicos los enfermos están colocados con sus sillas de ruedas formando corro. Una religiosa auxiliada por dos ancianos, va distribuyendo pacientemente el guiso. Los enfermos vuelven sus cabezas, como carátulas de terror, hacia el visitante. Predomina el cretinismo. Rostros lampiños, con un palmo de lengua granulosa, segregando abundante saliva, le contemplan.

Las salas de enfermos, con sus camas blancas, se ven a través de los cristales de unos amplios ventanales que dan a la terraza. Allí están postrados los enfermos que no han podido salir a tomar el sol amable del invierno.

La religiosa que reparte el guiso nos acoge con un mirar angélico.

—Preguntaba por la Madre Superiora.

Nos acompaña un viejecito hasta el fondo del edificio. Se desciende por una escalera. Bajo la terraza donde comen los enfermos hay una vivienda modesta. Junto a una mesa de comedor, casi en la penumbra, una Hermana de avanzada edad está sentada en una silla. Atiende a una visita. La visitante es una señora joven, elegante, vestida de "sport". Un niño —probablemente hijo de la señora elegante— está de rodillas sobre una silla, jugando con las cosas que hay sobre la mesa.

DONDE APARECE LA HERMANA EULALIA

—Pase, no se quede ahí, que ahora vendrá la Madre Superiora.

Tiene el rostro como iluminado de bondad. Habla un andaluz musical, dulcísimo, humilde, parsimonioso.

—Hermana, usted...

Nos mira simpáticamente, sonriente, como podría mirar aquella monja del Romancero lorqueño, que tenía el corazón de azúcar y yerbaluisa.

Era ella misma, la Hermana que nosotros buscábamos para este reportaje, la Hermana Eulalia Cáceres, que un día, allá por el año 1910, en pleno mes de junio, se casó en Sevilla con el poeta Manuel Machado.

—Hace ahora unos quince años el pobre Manolo estuvo muy enfermo. Creímos que se moría. Fué entonces cuando hice una promesa. Ofrecí que si Manolo faltaba yo me iría religiosa. Manolo mejoró. Le dije: "Mira, cuando tú estabas tan malo yo ofrecí que si faltabas me iría religiosa." El, que era muy bueno, me contestó: "Me parece muy bien, Eulalia. Tú siempre has sido muy devota. Si yo fanko y tú lo quieres, vete religiosa."

La Hermana Eulalia tiene los brazos cruzados y cuando habla, acciona con la mano izquierda, en la que destaca una alianza de oro.

—Yo tenía una hermana salesiana, a quien iba a visitar mucho. Viviendo Manolo y yo en Madrid, en la calle de Churrua, volvió a sentirse mal, estuvo muy enfermo unos días y en seguida se murió. Yo cumplí mi promesa y me hice religiosa, para ingresar aquí, en el Cottolengo. Ya no era joven —de esto hace diez años—, pero me encontraba ágil y pensé que podía ayudar aquí, donde tanta falta hace.

Me cuenta cómo se vinieron a vivir a Madrid, recién casados, a un caserón antiguo, donde residía la madre de los Machado, en la Corredera Baja.

—Al poco tiempo, un editor de París,

que se llamaba Garnier, publicó una selección de poemas de Manolo con el título de su primer libro: "Alba".

Hablamos de Antonio Machado.

—Mi cuñado Antonio era bueno como un santo. El año 12 envió y se quedó muy triste. No volvió a levantar cabeza. Manolo ganó unas oposiciones de bibliotecario y le destinaron a Santiago de Compostela.

—Usted, Hermana, ha realizado una gran labor espiritual con don Manuel.

—No, no lo crea usted; todo lo hizo él, que era muy bueno.

La Hermana Eulalia, como todas las religiosas que trabajan, tiene sobre el hábito negro un delantalillo a rayas azules.

—Conocí a todo Madrid, a los escritores que había entonces, que eran amigos de Manolo y que venían a casa. Yo no salía apenas. Me entretenía en copiar a mano los poemas de Manolo para mandarlos a la imprenta. Entonces se usaba aún muy poco la máquina. Conservo su estilográfica, la que él me dejaba para que le copiase los libros. Todo lo demás lo tienen mis sobrinas. La biblioteca la donamos a Burgos, no sé a qué sitio.

Le pregunto que cómo le conoció al poeta. Se sonríe.

—Le conocí siempre: éramos primos carnales.

Luego nos quedamos en silencio. Ella prolonga la entrevista diciendo, casi sin darse cuenta, lo que está pensando.

—Me vine aquí... No habíamos tenido hijos... Yo estaba todavía fuerte y podía ayudar a los necesitados.

LA MADRE SUPERIORA

La Madre Superiora entra en el saloncito en que conversamos con la Hermana Eulalia. Esta desaparece, presta, sonriente, como pidiendo perdón por haber sido sorprendida hablando.

—¿Qué le han preguntado a la Hermana? ¿Son ustedes periodistas?

Mientras me hace estas dos preguntas tiene fijos los ojos en la máquina fotográfica de José María Subirá, que se apresura a guardarla, como si se tratase de un arma dentro de la Casa de Dios.

—Les tengo verdadero miedo a los periodistas. Yo comprendo su intención y la estimo noblemente; pero han de saber que nosotras cuando entramos aquí dejamos de existir para el mundo. La Hermana Eulalia es aquí muy querida por todos.

Le digo humildemente que no hay razón por la cual no puedan hablar las Hermanas, puesto que no pertenecen a una Orden de clausura.

—Las religiosas del Cottolengo del Padre Alegre profesamos como las demás, pero con un cuarto voto en el que nos comprometemos a servir siempre a los pobres. Por eso nosotros vivimos sólo para estos enfermos pobres.

En 1828 el canónigo Cottolengo funda



El matrimonio Machado poco antes de morir el ilustre poeta sevillano. (Foto Alfonso.)

la "Piccola casa della Divina Provvidenza", en Turín, sin más amparo que la Divina Providencia.

—El Padre Alegre lo fundó en España, siguiendo la idea del Padre Cottolengo; pero de una manera autónoma. Porque nosotros tampoco pedimos. Vivimos de la Caridad de la Divina Providencia. Y nunca nos ha faltado.

El Cottolengo del Padre Alegre de Barcelona, acoge en estos momentos unos 180 enfermos incurables, paralíticos, pobres de solemnidad. Atienden las

Hermanitas, familiarmente, a estos seres que, en muchos casos ha rechazado su propia familia.

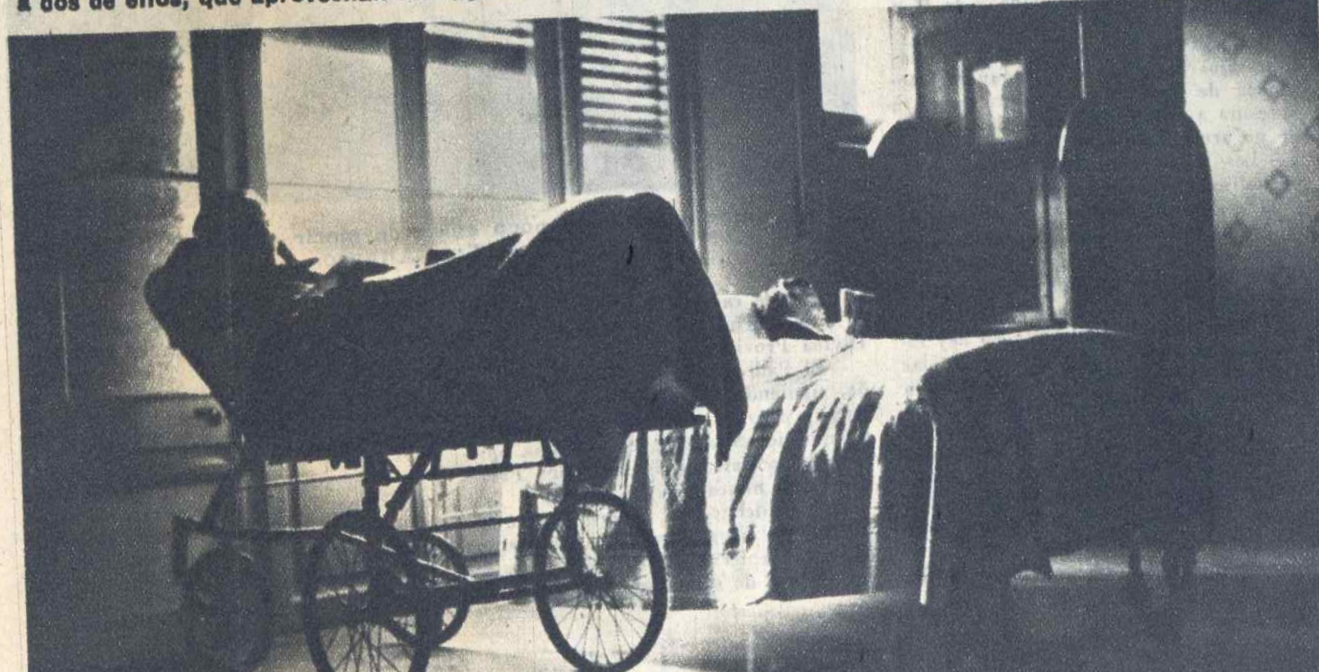
LA LABOR EJEMPLAR DE LAS SEÑORITAS BARCELONESAS

—Somos 21 Hermanas y nos auxilian un grupo de señoritas que se entregan al servicio de los pobres para siempre; pero sin hacer votos. Después nunca faltan señoritas de la buena sociedad barcelonesa que vienen por las mañanas o



El autor del reportaje, Marino Gómez Santos, charla con la Superiora de la institución barcelonesa donde hoy reside la viuda de Manuel Machado. (Foto José María Subirá.)

Ciento ochenta enfermos incurables se acogen en la institución que fundara el Padre Alegre. Aquí vemos a dos de ellos, que aprovechan los rayos de sol, que entran por la ventana, para leer. (Foto J. M. Subirá.)



Enmarcado por una palmera, la mole del Cottolengo del Padre Alegre se recorta a la izquierda de la fotografía. A la derecha pueden verse las agujas del templo de la Sagrada Familia, obra de Gaudí. La vista ha sido obtenida desde el parque de Güell. (Foto José María Subirá.)

por las tardes a ofrecerse para trabajar en lo que se las mande. Venga conmigo.

Nos conduce a una de las salas infantiles. Hay tres señoritas, monísimas por cierto, que se ocupan en cambiar las ropas de la cama de unos niños, mientras otras los lavan. No es una labor grata. Hace falta vencer muchos obstáculos en la voluntad para acercarse a estos seres dejados de la mano de Dios. Se le pone a uno un nudo en el corazón y algo se siente en el estómago también.

La sala está decorada con motivos de cuentos infantiles, en las paredes. Entre una camita y otra se ven muchos juguetes.

—Esas pinturas las hacen las mismas señoritas, por deseo propio.

POR GRACIA DE LA PROVIDENCIA

Las Hermanitas del Cottolengo no salen del recinto donde están acogidos los enfermos. No comunican con nadie por teléfono para hacer peticiones de ninguna índole. Pero desde siempre nunca han dejado de llegar esas personas con las que no se contaba y que resulta que siempre llegan a remediar lo irremediable.

—Un día celebrábamos modestamente una fiesta religiosa. Una hermana dijo: "Tenemos lo principal; nos falta únicamente la fruta para los postres, pero demos gracias al Señor". No había terminado de decirlo cuando entró un pa-
yés con un carro de fruta tan cargado

que ya se caía al suelo. Otro día se presentaron a cobrar una factura. La Hermana encargada de hacer los pagos se encontró con que para pagar esa factura necesitaba aún cinco pesetas. Se buscó por toda la Casa; pero nadie tenía cinco pesetas. Sobre la mesa había un paquete que habían traído aquella mañana.

Entró una Hermana y se dispuso a abrirlo. Alguien le dijo: "No se ocupe en eso ahora, cuando lo importante es pagar esa factura para que pueda irse este señor que viene a cobrarla." Pero la Hermana ya lo tenía abierto y resultó que el paquete contenía medicinas que mandaba una persona anónima. Sobre las medicinas estaba colocado un duro. No eran cinco duros, ni diez duros; era, exactamente, el duro que en ese momento se necesitaba.

El Cottolengo tiene representación en Madrid, Valencia, Santiago de Compostela y en Las Hurdes.

—Muchos de los niños que ve usted aquí han sido traídos de Las Hurdes. Aquella sí que fué una obra difícil. Cuando llegamos allí las gentes huían despavoridas. Vestían con harapos, que iban cosiendo unos sobre otros, de forma que los vestidos alcanzaban un gran espesor. La construcción del Cottolengo de Las Hurdes fué de mucho empeño, porque no se contaba para emprender los trabajos más que con buena voluntad. Un día llamaron aquí. Un prócer barcelonés quería donar dos millones de

pesetas para una obra benéfica y se había acordado de nosotros. Con este dinero se comenzaron los acarreos de material.

Nos muestra la Madre Superiora un álbum con fotografías, antes y después de su misión en Las Hurdes. En la primera etapa el panorama es misero hasta lo increíble. Al final del álbum, cuando el Cottolengo había llegado allí, los nativos aparecen ya aseados, con el pelo bien cortado y bien peinado. Y las mozas ataviadas con limpios vestidos regalados por el Cottolengo.

COLOFON

Día tras día volvimos al Cottolengo del Padre Alegre. Día tras día presenciábamos esta obra ejemplar y conmovedora. Al despedirnos contemplamos a dos enfermos que en sus carritos de ruedas, junto a la balaustrada de ladrillos de la terraza, miraban al Parque Güell donde los chicos jugaban en los columpios. Y más allá veían también en panorámica efervescente la ciudad.

El sol de la convalecencia permanente y la luz amable de la tarde de invierno, les ponía el corazón alegre.

Uno de ellos, a punta de navaja, labraba entretanto un marquito humilde pero lleno de ternura, para colocar aquella estampita de la Virgen de Fátima que le había regalado una visita, un domingo por la tarde.

Barcelona, 1959.